

«LA NOVELA DE LA TIERRA» DE GIOVANNI VERGA Y PAZ EN LA GUERRA DE MIGUEL DE UNAMUNO¹

CARMINE L. FERRARO

RESUMEN

Este estudio quiere poner de relieve elementos como: *la novela de la tierra* de Verga y la relación tierra-carácter nacional en *En torno al casticismo* (1895) de Unamuno, con su Castilla y el hombre castellano. Lo intrahistórico que hay en las obras de los dos autores, y cómo *Cavalleria Rusticana* se puede poner en relación con Augusto Pérez, Abel Sánchez; es decir, por una parte los nombres épicos y por otra el apellido cotidiano y corriente: Pérez y Sánchez, con lo cual todos somos a la vez héroes épicos y parte de la masa humana.

Hay además otro aspecto que hace del Unamuno de la primera etapa intelectual (1884-1897) muy afín a Verga: el ruralismo. *Paz en la guerra* habla de Bilbao, pero Unamuno acentúa el aspecto de pueblo que tiene la ciudad. Los personajes principales: Pedro Antonio e Ignacia provienen del campo; sus hijo Ignacio pasa una larga temporada en el campo, donde vive su tío: un sacerdote campesino. En todos estos aspectos la Vizcaya rural tiene analogías con la Sicilia de *I Malavoglia*.

Palabras clave: Novela de la tierra, tierra/caracter nacional, historia/intrahistoria, ruralismo.

THE RURAL NOVEL IN GIOVANNI VERGA AND PAZ EN LA GUERRA BY MIGUEL DE UNAMUNO

ABSTRACT

This study aims to highlight some elements such as: *the rural novel* in Giovanni Verga and the relation between *land and national character* in Unamuno's *En torno al Casticismo* on Castile and Castilian men. Special attention will be put to *intrahistory* in the works of the two authors and how a relation may be set up between Verga's *Cavalleria Rusticana* and Unamuno's characters *Augusto Pérez* and *Abel Sánchez*, which, on the one hand, reveal epic names (Augusto and Abel) and on the other hand, the ordinary and common surnames (Pérez and Sánchez), showing thus that we are all partly epic heroes and partly common human beings.

Moreover, there is another element that makes Unamuno—in his first intellectual period (1884-1897)—very similar to Verga: *Ruralism*.

¹ Las obras de Unamuno se citarán por la edición de *Obras Completas*. Madrid: Esce-
licer, 1966, IX vols., indicando directamente en el texto, entre paréntesis, el número del vo-
lumen en romano, seguido por el número de las páginas en arábigo. Por lo que se refiere a
los nombres de los personajes de la novela de Verga (Padron Ntoni, Ntoni, Provvidenza...),
dejamos los mismos nombres italianos, ya que creo pertenezcan a la esfera de los nombres/
expresiones que caracterizan una lengua (aún mejor en ese caso: un dialecto) y son intra-
ducibles. Lo mismo cabe decir del término: *roba*, en general *hacienda*, pero también de
alguna manera *haberes o posesiones* en español.

Paz en la Guerra deals with Bilbao, but Unamuno highlights the popular aspect of the city. The main characters, Pedro Antonio and Ignacia, come from the fields. Their son Ignacio spends a lot of time in the country, where lives his uncle, a country priest. In all these aspects, the rural Biscay has many things in common with the Sicily of *I Malavoglia*.

Key words: Rural novel, land-national character, history/intrahistory, ruralism.

Giovanni Verga (1840-1922) es uno de los actores principales de la corriente artístico-literaria conocida como *verismo*, corriente que nace en Italia después de su unificación, cuando los problemas ya existentes se hacen más graves. A partir de las diferencias económicas y sociales entre el Norte y el Sur; la escasa participación de la masa rural en el Resurgimiento que no sentía como algo propio; el rechazo de las masas campesinas a la nueva estructura político-social (el «brigantaggio» de la Italia meridional), los desequilibrios y la tendencia de las clases más ricas y de los grupos industriales a la acumulación de capital para fundar la industria italiana, en perjuicio de las masas meridionales y campesinas.

El *verismo* se inspira en el naturalismo francés y en el positivismo. En teoría propone una rigurosa fidelidad a la realidad efectiva (*lo verdadero*) de los hechos, de los medios, de los personajes...y una correspondencia con el sentir y el hablar de los sujetos que se representan. Concretamente por inspirarse en el Naturalismo y en el Positivismo, en el *Verismo* encontramos la aceptación de las leyes científicas que regulan la vida social y las conductas personales. El escritor intenta descubrir las leyes que regulan la sociedad humana, a partir de las formas sociales más bajas hacia las más altas, como hace el hombre de ciencia en el laboratorio cuando investiga las leyes físicas que están detrás de un fenómeno. Más que contar emociones, el escritor presenta la situación cotidiana como una investigación científica, buscando las causas de sus evoluciones, que siempre son naturales y determinadas (determinismo o darwinismo social); también la vida interior del hombre, que se puede explicar en términos psico-fisiológicos, puede ser objeto de un estudio científico o social, cuyo objeto son: los *documentos humanos*, es decir los hechos verdaderos, históricos, cuya análisis tiene que desarrollarse con rectitud científica, como dijo el mismo Verga.

El artista, pues, tiene que inspirarse sólo en lo verdadero, que debe reproducir integral y objetivamente. De ahí el método literario científico de la *impersonalidad*, a partir del cual para la representación de las diversidades regionales, se utilizan los dialectos, eliminando las formas de finuras retóricas y académicas, introduciendo la mimesis lingüística.

En este artículo queremos tomar en consideración las novelas de dos autores, Giovanni Verga y Miguel de Unamuno, y en particular: *I Malavoglia* (1881) de Verga, y *Paz en la guerra* (1897) de Unamuno, haciendo constar cómo ambas se pueden definir como novelas de la tierra por el tema estudiado y por la manera en que se estudia.

El trabajo tiene su justificación en factores comunes a los dos autores, como: la *novela de la tierra* en Giovanni Verga, novela que cuenta las costumbres, la vida cotidiana del pueblo, de la gente común, acostumbrada a los mismos trabajos, a los mismos ademanes desde generaciones y que en la repetición de las mismas cosas, en la repetición de la tradición (que de esta manera se convierte en «tradición eterna», como dirá Unamuno), encuentra el sentido de su vida.

Ese sentido está fuertemente determinado por el ámbito natural. Veremos, en efecto, cómo las actividades del trabajo de los protagonistas de Verga están condicionadas por los años buenos o malos en lo que se refiere a la pesca, al cultivo de la tierra, a la misma sobrevivencia física unida a las condiciones del mar. Es, en suma, la representación del carácter del pueblo siciliano, que resulta muy condicionado y hasta determinado por el medio ambiente: la tierra y el mar. Pero es también ese pueblo que está cotidianamente ocupado en procurarse los medios de vivir, y en su mayoría no piensa en acumular riquezas, sino en vivir honradamente del trabajo de sus propios brazos, en mantener el honor de su propia familia, en pensar en el matrimonio *provechoso* para sus hijos.

Es el pueblo que no participa, ni se interesa por los cambios históricos realizados por las minorías, pero sin su quehacer, tampoco son posibles esos cambios históricos; es el pueblo que, a lo más, está obligado a dar la vida de su propios hijos por las decisiones de esas minorías (como ocurrirá con la muerte de Luca).

En el caso particular de la familia Malavoglia, podemos poner de relieve la fusión de los tres segmentos del tiempo: pasado-presente-porvenir.

La familia originariamente no es trabajadora, de ahí el mote: *Malavoglia*; éste sobrenombre es heredado por *Padron Ntoni*, el fundador de la familia protagonista de la novela de Verga. *Padron Ntoni* no es un Malavoglia, ya que es un honrado trabajador hasta la muerte, como veremos; así como lo son también la mayor parte de los miembros de la familia que llegarán a morir por el trabajo (Bastianazzo y la carga de altramuces). Pero en la familia está también Ntoni que, después de varias vicisitudes, se merecerá ese apodo, ya que después de la muerte de su madre y la fracasada búsqueda de fortuna económica fuera del pueblo, vuelve a él, rehúsa continuar en un trabajo tan duro y poco rentable como la pesca, trabajo del que había vivido siempre su familia, y termina dedicándose al contrabando. Los apuros judiciales por los que pasa, obligan a Padron Ntoni a vincular el dinero destinado al rescate de la *casa del Nespolo* («La casa del Níspero», donde los Malavoglia habían vivido durante varias generaciones), para encontrar un abogado para Ntoni.

Y, sin embargo, Alessi, el nieto más pequeño, será el que podrá realizar el deseo del abuelo: volver a poseer la *casa del Nespolo*; con el dinero ganado con la pesca, conseguirá que esa casa continúe siendo el nido de los Malavo-

glia. De esta manera representan lo que Unamuno definirá como la tradición eterna o intrahistoria.

De la misma manera, en Unamuno, nos encontramos con que el pueblo al que él se refiere en los ensayos de *En torno al casticismo* (1895), es el pueblo de los campesinos. Tampoco este pueblo cambia la historia ni participa de modo visible en los cambios que producen las minorías; y sin embargo, no está fuera de la historia, sino que constituye su estrato más hondo. El pueblo constituye la mayoría de la sociedad: es el mar profundo y quieto sobre el que se sostienen los que gritan en la superficie del mar; constituye, en suma, para don Miguel, *la tradición eterna*, de la que indicará como término sinónimo: *intrahistoria*, un núcleo en el que se condensan los tres segmentos temporales².

Ese *pueblo* de Castilla y sus caracteres son, según Unamuno, los que le han hecho protagonista en el proceso de unificación de España, no sólo porque está en el centro de la Península, y ha sido el centro de las comunicaciones entre sus distintos pueblos —entre las que se encuentra la comunicación nutritiva, es decir comercial— sino por tener un espíritu al mismo tiempo centralizador y expansivo. Espíritu que para imponer el ideal de unidad:

«salió de sí mismo. Porque conviene fijarse en que el más hondo egoísmo no es el del que pelea por imponer a otros su modo de ser o de pensar, sino el del que, metido en su concha, se derrite de amor al prójimo y deja correr la bola» (I, 804).

Pero, más allá del estudio que aquí analizamos particularmente, se podría considerar también *Cavalleria rusticana* (1875) de Verga, un cuento en el que el protagonista es Turiddu (diminutivo popular de Salvatore, nombre célebre en Sicilia también por la figura del bandido Salvatore Giuliano) Macca. Éste, terminado el servicio militar, vuelve al pueblo y encuentra que su novia Lola se ha prometido con otro: Alfio, carretero económicamente acomodado. Turiddu al principio intenta disuadirla y luego, cuando ella está ya casada, para darle celos, sale con una chica, también acomodada, que vive frente a Lola. Lola cae en el engaño de Turiddu, y los dos vuelven a verse en la casa de ella, cuando el marido está ausente. Pero Alfio se entera de lo que ocurre durante su ausencia, y según la costumbre siciliana de la época, reta a duelo a Turiddu y lo mata.

Turiddu es un hombre enamorado hasta tal punto de una mujer, que es capaz de todo para poseerla; tanto que obra antes furtivamente y luego compromete su vida³.

Podemos afirmar que es el análisis del *epos* de una vida, como hace Unamuno en *Niebla* con Augusto Pérez: él empieza con la búsqueda de un ideal y creyendo en él, termina con el más triste desengaño. Turiddu además tiene

² MORÓN ARROYO, Ciriaco. *Hacia el sistema de Unamuno*. Palencia, 2003, pp. 46-49.

³ VERGA, Giovanni. *Cavalleria rusticana*. En: *Tutte le novelle*. Milano: 1982, pp. 179-185.

un nombre igualmente importante como el de Augusto (*emperador*), pero con un apellido que hace a ambos protagonistas de la vida cotidiana: Macca e Pérez.

El mismo parangón podría hacerse con otro actor de una novela unamuniana: *Abel*, figura bíblica hecha cotidiana, representable por todo el mundo, por su apellido popular: Sánchez. Y por fin: *San Manuel Bueno, mártir*, un Cristo que en lugar de mostrarnos el camino hacia el Padre, es él en primer lugar quien no conoce tal camino y cae —como Unamuno— en el *sentimiento trágico*⁴.

De esta manera, Turiddu, como Augusto, Abel, San Manuel, son al mismo tiempo héroes épicos y parte de la misma masa popular humana.

Los aspectos rurales que encontramos en *Cavalleria rusticana* y en *I Malavoglia*, se pueden encontrar también en *Paz en la guerra*, donde don Miguel además de hablarnos de Bilbao, es decir de una ciudad, acentúa el aspecto de pueblo que tiene la ciudad. De ahí su carácter rural más que ciudadano.

Además, Pedro Antonio y su mujer Josefa Ignacia, dos personajes principales de la novela, vienen del campo y el mismo Ignacio, hijo del matrimonio, pasa una larga temporada en el campo, donde su tío, sacerdote, es un cura rural, y donde le surgirá la ocasión de conocer a Domingo que le infunde un fuerte *sentimentalismo campesino*, que le lleva a trabajar en el caserío, a gozar de la vista del campo y a encontrar un justo descanso después del duro trabajo físico cotidiano (II, 138-146).

GIOVANNI VERGA Y *LOS MALAVOGLIA*

Antes de escribir *I Malavoglia*, Verga escribe *Padron Ntoni* (publicado en parte en 1875), donde inventa una especie de tierra cultural de nadie, porque hace descubrir la lengua literaria, en su interior, el equivalente del dialecto siciliano, dando a la lejana e incomprensible realidad siciliana un contexto fantástico homogéneo, que todos pudieran entender. Pero, además de esta importante novedad, casi la institucionalización de una literatura del pueblo, de su pueblo (Verga es, en efecto, siciliano), que vive miles de dificultades cotidianas, la primera de ellas sobrevivir, en particular en la Sicilia (como en toda Italia) de los años inmeditadamente siguientes a la unificación de Italia, cuando los Borbones fueron expulsados del que había sido hasta entonces el Reino de Nápoles. Pues bien, además de esta novedad, Verga introduce la *teoría de la impersonalidad*, como ya hemos dicho.

Esta poética de la impersonalidad encontrará su punto culminante en *I Malavoglia*, con los que termina también la época de sus novelas de invención absoluta y el principio de la dimensión rural, ya visible en el sobrenom-

⁴ MORÓN ARROYO, Ciriaco. *El «alma de España»*. Oviedo: 1996, pp. 85-86.

bre de los miembros de la familia Toscano: Malavoglia, para nada merecido, pero que es uno de los elementos típicos de los pueblos del Sur de Italia, en muchos aún hoy de moda.

Más en particular, el autor especifica que el objeto de su relato son los Malavoglia de Padron Ntoni, el patriarca de la familia de la *Casa del Nespolo* (La Casa del Níspero) y de la *Provvidenza* (= la barca)⁵. Otros miembros de la familia son: el hijo Bastianazzo con su mujer Maruzza (llamada La Longa), los nietos Ntoni, Luca, Mena (llamada Sant'Agata), Alessi y Lia.

De todos ellos, Ntoni es el que no tiene las aptitudes de trabajo de los demás y el sentido natural de la disciplina propias del padre y del abuelo. En el momento en que parte para el servicio militar, sustrayendo sus brazos al común trabajo familiar de pescadores, dará principio, sin quererlo, a una mala especulación que los suyos llevan a cabo para garantizarse de qué vivir. El abuelo, en efecto, decide comprar en Trezza una carga de altramuces del tío Crocifisso (llamado *Campana di legno*, por ser sordo), usurero, para revenderlo en un pueblo de la costa un poco más al norte, para obtener un precio provechoso.

Provvidenza con Bastianazzo y otro marinero, entra mar adentro para llegar a Riposto, no sin una mala corazonada por parte de Maruzza, que:

«se sentía un corazón malo, pero no abría la boca, porque no era cosa suya, y se ocupaba callada, callada, de poner en orden la barca y todo para el viaje...»⁶

Maruzza es la madre del otro marinero que sale con Bastianazzo en la *Provvidenza*; su corazonada muestra su más íntimo contacto con la tierra, con la naturaleza (con la matría) en que vive y de allí le viene la corazonada sobre la desventura que de allí a poco se verificará. Destacamos, por una parte, una inconsciente sabiduría y previsión que brota también de la maternidad; por otra, el hecho de que vive en una sociedad patriarcal, y por tanto sabe que a ella no le toca juzgar algunas cosas por ser cosa *de hombres*. Tenemos en suma representado el coraje, la falta de miedo, el instinto del hombre: la *patria*; y la prudencia, la sabiduría de la mujer/madre: la *matría*. Sin embargo, padre y madre tienen un solo fin: la familia; el hombre con instinto de protección, la mujer con el de conservación.

La barca, pues, entra mar adentro, mientras en el pueblo la vida cotidiana continúa con sus ritmos, sus costumbres, el discutir de los mayores sobre las posibilidades de ganancia de las distintas actividades, sobre los matrimonios de las hijas o nietos, que se establecen generalmente en base a un cálculo económico. Siendo pequeño el pueblo, todos se conocen y por eso cada uno ejerce una especie de control sobre el otro. Eso hace que se conozcan universalmente las costumbres de cada uno de los individuos, mientras, por otra

⁵ VERGA, Giovanni, *I Malavoglia*. MEROLA, N. (ed.). Milano, 1987⁵, p. 6.

⁶ *Ibidem*, p. 18.

parte, cada uno tiene cuidado de no suscitar murmuraciones con su propia conducta⁷.

Pero, como se ha dicho anteriormente, el tema de las discusiones, sentados al fresco de las escaleras de la Iglesia, son las haciendas o posesiones, las que hacen ricos o las que solo permiten sobrevivir, según los casos; son los terrenos, las viñas... pero todo depende siempre de la naturaleza, de la matriz, y, por tanto, de la posibilidad de que se pueda tener una estación con más o menos lluvia, y haya una buena cosecha⁸. Sin embargo no son sólo los terrenos los que están ligados a la naturaleza, lo está también la *Provvidenza* que está en la mar, y Padron Ntoni analizando el tiempo con sus ojos expertos de viejo marinero, dice:

«Cuando el sol se acuesta tras capas de nubes se espera el viento de poniente»;

y Piedipapera añade:

«Está quien la quiere cocida y quien la quiere cruda... Padron Cipolla espera el agua para su viña, y Ud. el poniente en popa a la *Provvidenza*. Conocéis el refrán 'Mar encrespado, viento fresco'. Esta noche las estrellas están resplandecientes, y a media noche cambiará el viento; ¿siente la ráfaga?»⁹.

Pero hay también otras cuestiones de las que se habla en el pueblo, aunque sean otros los que lo hacen. Italia se ha unificado recientemente, por lo que se discute sobre la Monarquía y la República y sobre los italianos: una nueva matriz, que es la patria.

Quienes se ocupan de eso son, sin embargo, el especiero, Don Giammaria, don Michele el sargento, don Silvestro, el secretario del ayuntamiento; en suma, gente de rango elevado que puede permitirse hablar durante tiempo de política, que no tiene la necesidad urgente del pan cotidiano, y con una cultura claramente distinta¹⁰.

En las clases más populares, y no sólo en ellas, brota y se desarrolla una intolerancia hacia Italia por los nuevos impuestos que se imponen y que hacen difícil o imposible el casarse; como por ejemplo, Donna Rosolina, hermana del cura, que:

«se enojaba con Garibaldi porque traía los impuestos, y hoy día no se podía vivir más, y nadie se casaba ya»¹¹.

El impuesto sobre la sal que se quería introducir, amenazaba la pequeña ganancia que en el pueblo de los pescadores se podía obtener por la saladura

⁷ *Ibidem*, p. 22.

⁸ *Ibid.*, pp. 22-23.

⁹ *Ibid.*, p. 23.

¹⁰ *Ibid.*, p. 24.

¹¹ *Ibidem*, p. 54.

de las anchoas¹²; o el impuesto sobre la pez, para calafatear las barcas¹³. Todos estos impuestos caían sobre las clases populares ya de por sí deprimidas, como siempre ha ocurrido en Italia y sigue ocurriendo. Y si el descontento entre las clases populares frente al nuevo Gobierno pasa por estos aspectos de la vida cotidiana, entre las clases más ricas pasa, en cambio, por la forma de gobierno: Monarquía o República. El especiero quería, por ejemplo, la república, y que se hiciese una revolución para tener un nuevo orden del Estado, en el que el pueblo fuera soberano¹⁴.

Mientras, el tío Crocifisso, que forma parte de la clase más rica y con no pocos privilegios, tiene miedo de la república y de quien instiga las masas a la rebelión contra los impuestos, por miedo de perder su hacienda¹⁵.

Precisamente por eso, para que algo pueda cambiar desde el punto de vista político, se necesitan hombres nuevos, que no son por cierto hombres como padrón Cipolla, que se preocupa por sus propias cosas; o Don Silvestro, el secretario del ayuntamiento, que aprovechándose de su poder *se comía al pueblo*; o massaro Filippo que piensa sólo en sus cotos y en sus viñas¹⁶. Los hombres nuevos sirven para cambiar el estado de las cosas, para no tener que pagar a quien no hace el propio deber, o vive en la corrupción no obstante el oficio jurídico o moral: de las guardias al cura, de los empleados del ayuntamiento hasta los parlamentarios¹⁷.

En suma, ayer, como hoy, la gente muestra toda su desconfianza frente a los gobernantes y frente a las formas de gobierno. Pero ayer, como hoy, los cambios que parecen hacerse en nombre de las masas populares, van siempre guiados por las clases más ricas, como ocurrió en definitiva en el proceso de unificación de Italia, cumpliéndose una vez más el concepto *gattopardesco* de que todo cambia para que nada cambie.

Monarquía, República, Democracia, Liberalismo... todas fórmulas que nada cambian en fin de cuentas de la efectiva y esencial situación del pueblo, o de la garantía de los privilegios de las clases más ricas, siempre dispuestas a montarse sobre la onda del cambio para continuar con y en su posición de privilegio.

Y nada cambia, en efecto, en las condiciones de los Malavoglia. Sin embargo, entre los que participan en el funeral de los Malavoglia hay quien saca ventaja de su desgracia: en primer lugar el tío Crocifisso que vendió los altramuces, y ahora que el año agrícola va a ir mal, se encuentra con un crédito que no esperaba, cuando además los lupinos dados a fianza tampoco eran

¹² *Ibid.*, p. 56.

¹³ *Ibid.*, p. 92.

¹⁴ *Ibid.*, p. 98.

¹⁵ *Ibid.*, p. 120.

¹⁶ *Ibid.*, p. 178.

¹⁷ *Ibidem*, p. 211.

buenos. Y también el compadre Cipolla casi brinda por la tormenta en la que se perdió la *Provvidenza*, porque

«Con la mala cosecha que se prepara... ha sido una verdadera gracia de Dios»¹⁸;

de otra forma durante el invierno se habría pasado hambre.

Pero en el *año malo* se esconde una desconfianza y una especie de superstición popular frente al progreso; porque si la pesca es escasa, la culpa es de los barcos de vapor que espantan los peces¹⁹.

Mientras si no llueve es por el hilo telegráfico²⁰, que

«llevaba las noticias de un lugar a otro; eso acaecía porque dentro del hilo había un zumo como en el sarmiento de la vid, y de la misma manera se aspiraba la lluvia de las nubes, y se la llevaba lejos, donde más necesidad de ella había; podían ir a preguntárselo al especiero que lo había dicho; y por eso habían puesto la ley por la que a quien rompe el hilo telegráfico le llevan a la cárcel»²¹.

En suma, en este contexto campesino y marinero, todo detalle adquiere un significado; nos encontramos frente a una mentalidad supersticiosa que quiere explicárselo todo y está acostumbrada a transformar todo nexos en algo significativo: desde el color del mar²², a la obligación de ir a la Iglesia por parte de las mujeres de los pescadores, para que a sus maridos no les ocurran desgracias en el mar²³: aspectos todos, en los que resuena el absoluto determinismo de los *primitivos* de Trezza.

La otra zona de la superstición, o sea la onomástica, está particularmente representada en los moteos dados a los distintos personajes, moteos o sobrenombres que reproducen los caracteres morales o fisiognómicos. Es el caso de *Piedipapera*, llamado así por ser cojo, o de *Campana di legno* por ser sordo o por simular el serlo frente a unos temas, o de Mena apodada *Sant'Agata* por ser trabajadora. Aún cuando el mote es sólo heredado (*Zuppidda*) no carece de sentido: la correspondencia se afirmará o está siempre a punto de dejarse ver para poner en apuros a su titular. En el caso de los *Malavoglia*, en efecto, todo el pueblo espera poder atribuirles el sobrenombre con toda razón, es decir cuando se producirá la captura de Ntoni, después de muchas vicisitudes familiares, a las que el joven reaccionará de mala manera.

El *mal año* es sobre todo para los *Malavoglia*, que caen en desgracia, se desvanece el matrimonio de Mena con Brasi Cipolla, ella piensa más bien en Alfio Mosca, un vecino suyo. Mena es la única que, después de que el arma-

¹⁸ *Ibid.*, p. 56.

¹⁹ *Ibid.*, p. 36.

²⁰ *Ibid.*, pp. 56-57.

²¹ *Ibidem*, p. 57.

²² *Ibid.*, p. 151.

²³ *Ibid.*, p. 44.

zón de la *Provvidenza* fue rescatado y Ntoni vuelve anticipadamente del servicio militar, no se une a las imaginaciones de los familiares, que no saben pensar en la propia mejora económica sin verla casada con Brasi Cipolla.

Repuesta la barca en el mar, endeudándose nuevamente, se vuelve a hablar del matrimonio de Mena. Pero también Ntoni quiere casarse y frente a la prohibición del abuelo que le intima a respetar la tradición según la cual las mujeres en edad de casarse deben casarse antes que los varones, quiere imponerse afirmando su propia voluntad contra la costumbre a la que se atiene el abuelo, fundamentalmente la del patriarcado²⁴.

Ntoni, pues, tiene que aceptar el patriarcado que ordena y dirige lo mejor de la vida familiar, pero no es aceptado por él, hasta que añade:

«¡Todo el día trabajando! No voy a la taberna! ¡En el bolsillo nunca tengo dinero! Ahora que he encontrado la novia que me quiere, no puedo casarme. ¿Para qué he vuelto del servicio militar? [...] Mi hermano Luca está mejor que yo de soldado»²⁵.

Primeros indicios de una nueva generación, de una nueva sociedad que quiere cambiar porque no respeta ya el orden, las costumbres, las leyes impuestas por la forma patriarcal; una nueva generación que, al mismo tiempo, no es capaz de dar los pasos necesarios y consecuentes. En efecto, frente a la propuesta de la comadre Venera la Zuppidda, madre de Barbara (la novia), de dejar a su abuelo y su casa y de casarse igualmente, Ntoni no está dispuesto a hacerlo, ahora que está en estado de necesidad²⁶.

Hay, pues, una predisposición al sacrificio familiar, a una unión honda y subterránea, que se advierte en particular en los momentos difíciles, capaz de expresarse incluso en la renuncia de un tipo de alimento (= los huevos) para que se pueda vender y recobrar el dinero necesario para no perder la «casa del Nespolo» por el negocio de los altramuces; un sacrificio que identifica a una familia:

«Tú eres una verdadera Malavoglia, ¡mi chica!»²⁷,

dice, en efecto, Padron Ntoni a sus dos nietas, Maruzza y Mena.

Destacamos el apego a su hacienda (a los propios bienes), que se ha obtenido por el duro trabajo y que hace de la casa como una madre generadora y nutricia: *Casa mia, madre mia*, dice Padron Ntoni²⁸.

Generalmente estamos en un contexto cultural en el que el pueblo se organiza en una especie de clanes, o familia extendida, donde adquiere mucha

²⁴ *Ibidem*, p. 109.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 144.

²⁷ *Ibidem*, p. 95.

²⁸ *Ibid.*

importancia la relación de vecindad y la ayuda que de los vecinos se recibe y se da en los momentos de mayor necesidad²⁹. Lo mismo pasa cuando, por desgracias económicas o de otro género, una familia comienza a ser mal considerada o evitada por el resto del pueblo, además de provocar una reacción de vergüenza en los mismos interesados. Es el caso en el que los Malavoglia son expulsados de la casa por el ejecutor y terminan por ir a la Iglesia de otro pueblo para no ser vistos³⁰.

La pérdida de la casa viene después de otra desgracia familiar, que se une a la desgracia de la pérdida de la *matría* (= la casa), por los Malavoglia: la muerte de Luca en una batalla naval perdida por Italia y con cuya noticia, en el pueblo, se puede destacar el poco espíritu de pertenencia a la *patria*, el consecuente provincialismo y el apego al interés solo personal, que se puede destacar en particular en Campana di legno, cuya única preocupación es la deuda que los Malavoglia tienen con él. En suma, hecha Italia, se necesitaba, y acaso se necesita aún, hacer a los italianos³¹.

Pero el *año malo* de los Malavoglia no termina aquí. Puesta nuevamente la barca en el mar, Padron Ntoni, Ntoni e Alessi se aventuran cada vez más en el mar para poder ganar y poder ahorrar más dinero para rescatar la casa y para rehacer la dote de Mena. Terminan siendo arrollados por una tormenta, en la que el viento rompe el palo de la vela de la barca hiriendo gravemente en la cabeza al abuelo. El autor aprovecha la ocasión para explicarnos los remedios populares utilizados en estas ocasiones: el *vinagre de los siete ladrones*, un vinagre balsámico muy conocido en las bajas clases populares sicilianas por sus virtudes curativas. Una vez más estamos frente a un fruto de la *matría*.

Pero no sólo eso, ya que aparece también la relación entre medicina y religión, o mejor superstición, en el momento en que Padron Ntoni sana por las curas médicas, mientras cree que ha sido por la aplicación del santo olio³²; relación que se puede destacar incluso cuando en el pueblo se manifiesta el cólera y la gente cree poder combatirlo atrancando la puerta y tapando todas las hendiduras con imágenes de santos, creyendo que la enfermedad la propagaba deliberadamente alguien por las calles, como si fuera aceite³³.

La religión tiene, pues, un sentido primitivo, natural: la imagen del santo es el tótem que se levanta para defenderse de una calamidad, mejor de un maleficio, porque no se cree que en la naturaleza pueda existir una muerte como estrago. Y para eludirlo se recurre a lo sobrenatural, que se cree más eficaz que lo natural: la medicina.

El cólera causa también la muerte de Maruzza, madre de Ntoni y único

²⁹ *Ibid.*, p. 60.

³⁰ *Ibid.*, p. 142.

³¹ *Ibid.*, p. 134.

³² *Ibidem*, p. 162.

³³ *Ibid.*, pp. 191-192.

obstáculo que le impedía irse de casa en busca de fortuna para la familia y para sí mismo. Con la muerte de su madre, Ntoni acaba con las dudas y se va, dejando a su abuelo y a su hermano que van a trabajar como jornaleros en el barco pesquero de otros, y deja también a las dos hermanas. Sale porque quiere tener un trabajo mejor remunerado con el que progresar y mejorar su propia condición económica sin tener que sacrificar toda su vida con un trabajo duro, de gran sacrificio y de muy pocas perspectivas, sujeto siempre a los *caprichos* de la naturaleza³⁴.

En el diálogo que Ntoni tiene con el abuelo cuando le comunica su decisión de irse, se puede destacar una especie de *determinismo* que contrasta con los deseos de cambio de Ntoni; un determinismo por el que se nace con un destino vital que no se puede cambiar ni mejorar so pena del fracaso de toda una vida. No se puede cambiar de vida, como no se puede cambiar de pueblo, ni la casa en la que uno nació. No se puede, en resumidas cuentas, cambiar lo *intrahistórico* —se diría con lenguaje unamuniano— que está en cada uno de nosotros.

Y, en efecto, Ntoni fracasa en su intento de buscar fortuna fuera, pero al regresar, tampoco quiere volver a hacer el mismo trabajo que hacía; más bien, se deja mantener por Santuzza y se dedica al desembarco de mercancías de contrabando, practicado por personas que, como don Silvestro, que debido a su condición social, están libres de toda sospecha³⁵. Es una ocasión más para demostrar la estrecha unión entre poder, política, corrupción y prepotencia, que se manifiesta no sólo cuando se trata de establecer nuevos impuestos que afectan siempre a las clases humildes, defendiendo los intereses de los más ricos³⁶, sino también cuando se trata de encontrar mujer³⁷.

Pero en el pueblo hay también desconfianza frente a Ntoni por la ostentación que hace de su propio *status* de persona acomodada. Por ejemplo cuando hace la corte a Barbara Zuppidda; sabiendo que Don Silvestro es un pretendiente, se cree ya perdedor desde el principio, considerando su diferencia de clase social. Pero:

«Yo tampoco los miro —le dice Bárbara— los zapatos lustrados, por la Virgen de la Ognina! Mi madre dice que los zapatos con mucho lustre están hechos por comernos la dote y todo; y un buen día quiere salir fuera a la calle, con la rueca en la mano, para montarle un numerito a ese don Silvestro, si no me deja en paz»³⁸.

Será luego la prepotente arrogancia de don Silvestro la causa de que los Malavoglia pierdan la casa del Nespolo, por el desaire que le hace Ntoni cor-tejando a Barbara.

³⁴ *Ibid.*, pp. 185-186.

³⁵ *Ibidem*, pp. 247-248.

³⁶ *Ibid.*, pp. 97 e 99.

³⁷ *Ibid.*, p. 171.

³⁸ *Ibid.*, pp. 90-91.

Durante el juicio de Ntoni, el abogado, para evitarle una condena más dura por la herida del sargento con el cuchillo, llama testigos para que digan que entre los dos ya existía resentimiento por causa de mujeres (= Santuzza), por las que don Michele estaba celoso de Ntoni, además de las habladurías sobre el cortejo de don Michele a una hermana de Ntoni (= Lia).

Los del pueblo están muy agitados por llamarles la justicia y por la casi connatural desconfianza frente a ella. Por eso, todo el mundo maldice a Ntoni y a los Malavoglia por haberles puesto en las redes del juez sin tener motivos para tener miedo³⁹. Eso prueba, una vez más, la desconfianza general que existe frente al nuevo Gobierno nacido de la unificación de Italia, además de la omnipresente superstición. Se rehúsa al final la *patría* y se reconoce sólo la *matría* como fuente de vida, bienestar y seguridad.

Cuando durante el juicio se conoce la intriga entre Lia y don Michele, ella huye a la ciudad por vergüenza y termina dedicándose a la prostitución. Sentir que ha traicionado la costumbre de su propia *matría*, hace que se sienta culpable y ya no merecedora de vivir en ella.

Entre tanto, Padron Ntoni, viéndose enfermo y no queriendo gastar dinero en médicos, se interna en el hospital, contra la voluntad de sus nietos, para ahorrarles gastos, y en el hospital muere. Después de su muerte, Mena rechaza la solicitud de amor del compadre Alfio Mosca, mientras que Alessi se casa con Nunziata y cumplen con el sueño del abuelo: la recuperación de la casa del Nespolo, de su *matría* originaria.

En la huida de Lia, así como en el rechazo de Mena al pretendiente en el que siempre pensó, se puede destacar la necesidad que gobierna el mundo rural, ya que en él cualquier emoción se exterioriza de manera ingenua, pero valen también unos principios reguladores que excluyen institucionalmente las situaciones ambiguas y permiten determinar incluso lo que parece eludir la experiencia directa. Es, resumiendo, aún el determinismo y la mentalidad supersticiosa los que imperan y los que permiten la comprensión recíproca de los personajes rurales.

Cada uno intenta eludir, con su propia conducta, la atención chismosa de los demás. Y he aquí que Lia, por vergüenza, huye de casa, mientras que Mena rehúsa casarse para evitar que se dijera algo sobre aquel matrimonio, después de que los suyos habían intentado que se casase con Brasi Cipolla. En conclusión, Ntoni rechaza quedarse en la casa del Nespolo reconstituida porque es ya un hombre distinto de los que la habitaron y de los que tendrán que habitar esa casa, esa *matría* en la que él también creció.

En suma, el tema final de la novela no es tanto la degradación que soporta una familia de propietarios y la posterior reconstitución de lo que perdieron, sino

³⁹ *Ibidem*, p. 250.

«los repetidos ataques que... tiene que sufrir la barquilla de la familia y que se acampan como pruebas misteriosas y terribles incluso en la perspectiva de la reconciliación final. La función de ellas es sólo la de dar sentido: ellas constituyen una amonestación aunque no se sabe bien de qué, exactamente como una amonestación vaga representa la multiplicidad contradictoria... de los refranes en los que se agota la herencia cultural que una generación transmite a otra... Una amonestación que resuena con todas las desgracias posibles y se carga con sus valencias afectivas..., pero tiene también el poder de animar la inmutabilidad de un hacerse siempre igual a sí mismo y de transformar la insignificancia de una historia de bestias en historia sagrada»⁴⁰.

Inmutabilidad debida precisamente a esa tierra-madre que crea y recrea, permaneciendo ella como substancia inmutable de todo lo que pasa.

Pasa, en efecto, Bastianazzo, pasa Padron Ntoni, pasa la *patría*, pero lo que importa es que no se pierda la *matría*, la casa, la tierra, la fuente de la vida y el valor más grande, sin el que no hay familia, no hay tradición viva, no hay historia contemporánea.

MIGUEL DE UNAMUNO Y *PAZ EN LA GUERRA*

En esta novela histórica, única excepción en la producción de la novelística unamuniana, don Miguel recrea la guerra entre Bilbao, su ciudad natal, pero también ciudad liberal y nacional, y Vizcaya, un campo tradicionalista y con inclinaciones pseudo-clericales.

La novela es la historia colectiva del pueblo de Unamuno, de la que se puede destacar cómo bajo

«la agitación pasajera de la vida, bajo las extensas apariencias de la historia, hay un hondo silencio, la eterna quietud de la naturaleza»⁴¹.

Efectivamente la visión de la naturaleza de la tierra vasca es lo que distingue el simbolismo de *Paz en la guerra*; en ella hay una integración casi total entre los hombres y su escenario vital: la naturaleza y las estructuras económicas-sociales de Bilbao. Bilbao que, en la novela se hace personaje colectivo cuyas ideas y creencias se expresan por la tradición y las costumbres heredadas de generación en generación. Tenemos, pues, una referencia a una circunstancia concreta, así como concretos son los valores, los sufrimientos que el pueblo vizcaíno vive.

Y aunque sea determinada la circunstancia en la que la novela se desarrolla, no falta una referencia a la circunstancia más general que es España, pero también a las vicisitudes históricas de la Italia del tiempo (1848), por analogía en la situación religiosa. La historia de Bilbao y de España está en los

⁴⁰ MEROLA, Nicola. *Introduzione* a G. VERGA. *I Malavoglia*, op. cit., p. LXIX.

⁴¹ ELIZALDE, Ignacio. *M. de Unamuno y su novelística*. Guipúzcoa: 1983, p. 204.

recuerdos nostálgicos de la gente, en la que se destaca una distinción entre *progresistas* y *conservadores*; como se recuerda también el compromiso militar de los frailes para liberar a España de los franceses (II, 98).

A partir de este fondo intrahistórico compartido, se mira con interés y preocupación hacia otras situaciones en Europa, como la de Italia, donde se iba completando el proceso de formación del Estado unitario, con Garibaldi, la brecha de Porta Pia y la huída del Papa de Roma. Frente a eso la Iglesia española muestra toda su preocupación, que versa directamente sobre el pueblo, donde predominan la educación y el conservadorismo típicos de un catolicismo integrista. Los acontecimientos italianos son presentados por el cura como signos de una ausencia de fe en Dios, mostrándonos sólo el vínculo con el poder temporal propio de la Iglesia católica en la historia (II, 98-99).

El paisaje trazado por Unamuno, en el que crece Ignacio —hijo tardío de Pedro Antonio y Josefa Ignacia, educado en la simple rigidez católica y a la manera antigua española, y apartado de las nuevas y corrompidas costumbres revolucionarias—, es fundamental para la descripción de los personajes de la novela: de sus aptitudes y de sus naturaleza (II, 99-100) (etnopsicología). Es decir, parece determinar su carácter futuro.

Y, por eso, don Miguel, en el momento en que nos habla de la vida cotidiana de Bilbao, en realidad no nos la *describe*, sino que nos *inscribe* en ella, en la circunstancia concreta, en el fondo *intrahistórico* hecho por las costumbres, por la sustancia de la vida cotidiana siempre igual, aunque distinta en las formas, sobre la que irrumpe lo *histórico* con la segunda guerra carlista (1874).

Es de la vida colectiva de la que brota la vida de cada individuo. Y he aquí el destacarse, además de la figura de Ignacio, la de Juanito Arana, que nace de una familia dedicada al comercio y después se hace también comerciante: Don Juan de Arana, convencido de que los distintos pueblos pueden asociarse y convivir por medio del comercio, llegando a la superación de la brutalidad de las guerras. Don Juan de Arana tiene, pues, una cultura liberal, aunque conserve la fe católica y participe en las obras caritativas, para asegurar el «negocio de la salvación» —Unamuno repite con ironía el lenguaje de los jesuitas—.

Ignacio y Juanito crecen juntos en un ambiente social hecho de juegos entre chicos, por la calle, en la que se reflejan las circunstancias históricas españolas. Siendo la costumbre principal la religiosa, la primera comunión de los chicos establece su entrada en sociedad, haciéndolos verdaderos hombres (II, 101-104). Estamos, en suma, frente a una forma de *vida primitiva*, en la cual las relaciones humanas de convivencia son más simples, pero también más estables y más seguras; y tal forma de vida es aceptada porque de ella depende la conservación de la familia.

Pero dentro de estas relaciones humanas generales hay una *incomunicabilidad* en las relaciones padre/hijo, por ejemplo, generada por una fundamental soledad profunda que acompaña a todos los personajes de la novela. Sole-

dad que no significa separación de la comunidad, aislamiento; y es la que encontramos en la relación entre Pedro Antonio y Josefa Ignacia, que apenas hablan entre ellos, a pesar de que exista comunicación afectiva. O también la falta de comunicación existente entre Pedro Antonio e Ignacio: Pedro Antonio quiere, en efecto, que su hijo vaya al monte para la guerra, pero no puede decírselo a Ignacio; y tampoco éste puede hablar con su padre.

Hay soledad incluso entre los que participan en las charlas del chocolatero; no tenemos conversaciones sobre hechos personales, sino las habituales conversaciones banales. El mismo Ignacio, cuando entra en el ejército, tiene que entrar en la soledad que marca la vida militar (II, 468). Miguel Arana, el liberal, es un hombre que vive al margen de la vida comunitaria de su pueblo, aun queriendo participar en ella. Don Joaquín, tío de Pachico, en cuanto hombre devoto, rechaza el contacto con la realidad, con sus manifestaciones de vanidad, pero también de dolor, para que Dios y sus ángeles puedan acercarse a él (II, 263-264).

Pero, más en general, hay que destacar el hecho de que son tres las familias que la novela unamuniana toma como personajes principales; cada una de ellas constituye un mundo cerrado y no se habría abierto al otro si no fuera por la acción unificadora de la generación joven. Y eso porque la juventud suele carecer de prejuicios habitualmente.

Encontramos el esquema que está también presente en *I Malavoglia*, donde las familias más humildes entran en contacto con las económicamente más acomodadas gracias a los hijos y a los matrimonios que se organizan y que están fundados en la educación, el trabajo y la costumbre moral de la que son portadoras las esposas, además de la dote en la que todos los familiares participan con el propio trabajo y sacrificio.

Tenemos, pues, la *familia Iturriondo*, a la que pertenece Ignacio: una familia de campesinos y económicamente débil, pero generosa; carlistas, pero que, por su sencillez de espíritu, no entienden la división clasista de los hombres según las condiciones económicas. Son los que con más intensidad viven la tradición, los que sueñan con la realización de sus propios ideales, pero que comprenden también la licitud de los sueños de los demás y de su defensa. De esta familia, como ya hemos dicho, forman parte Pedro Antonio, Josefa Ignacia, Ignacio. Pedro Antonio es un hombre que hace una vida de duro trabajo y en él recae la responsabilidad familiar, siempre modesta. Sus orígenes —como hemos indicado— son humildes:

«había nacido con la Constitución, el año doce. Fueron sus primeros de aldea, de lentas horas muertas a la sombra de los castaños y nogales o al cuidado de la vaca, y cuando de muy joven fue llevado a Bilbao a aprender el manejo del majadero bajo la inspección de un tío materno, era un trabajador serio y tímido» (II, 93);

como humildes son los de su esposa Josefa Ignacia

«una buena moza..., expresión de serena calma y dulce alegría difusa» (*ibidem*).

En el momento de su muerte, cuando ya está solo y viudo, no tiene miedo de nada y espera sólo que llegue el momento en que Dios le reúna con su mujer y su hijo.

«Vive en lo profundo de la verdadera realidad de la vida, puro de toda intencionalidad trascendente, sobre el tiempo, sintiendo en su conciencia serena como el cielo desnudo, la invasión lenta del sueño dulce del supremo descanso, la gran calma de las cosas eternas...» (II, 297).

Pedro Antonio se puede asimilar al arquetipo de lo *intrahistórico* por su manera de aceptar la ley de la monotonía, el continuo repetirse de las cosas, pero que dan la seguridad de encontrarse en el interior de un hogar.

El misterio es para él algo natural y de él brota la resignación y la lentitud, causa de su fuerza, con la que resiste a la historia. Por medio de este personaje podemos destacar la oposición entre *ciudad y campo*⁴², el campesino y el comerciante, el ciudadano progresista y el terrateniente conservador. Su aceptación natural del misterio y su costumbre de vivir en la resignación, hacen de Pedro Antonio un hombre silencioso, tanto que aceptará la muerte de su hijo Ignacio en la guerra, continuando con su monótona vida.

Aunque la guerra en la que combaten los Malavoglia sea una guerra contra el mar, guerra que se hace por la sobrevivencia, presenta analogías con la de *Paz en la guerra*, ya que las dos acarrearán trágicas muertes. En la novela de Verga las tormentas imprevistas del mar le traen la muerte a Bastianazzo, el hijo de Maruzza. Y también muere Luca en una batalla durante el servicio militar. Pero frente a estos lutos, destacamos la aceptación silenciosa por parte del fundador de la estirpe Padron Ntoni y su trabajo en la prosecución de las actividades de la familia con la pesca. Ningún desánimo, ningún deseo de dejar aquel mismo trabajo que tanto dolor ha dado a la familia; él mismo corre el riesgo de morir durante una tempestad, y sin embargo, su deseo más intenso sigue siendo recuperar la casa del Nespolo por medio de la pesca. A ese deseo se opone su nieto Ntoni, que busca un progreso, frente a la resignación estática del abuelo.

En la descripción del personaje de Pedro Antonio, encontramos también su relación con la realidad circunstante: la de su tienda, como la de las calles de la ciudad; la de los días de lluvia, como la de los días de sol.

«Sus ojos habían recorrido en calma aquel recinto durante años, dejando en cada uno de sus rinconcillos el imperceptible nimbo de un pensamiento de paz y de trabajo; en cada uno de ellos dormía el eco vaguísimo de momentos de vida olvidados de puro ser iguales todos, y todo silenciosos. Y porque le hacían querer más el íntimo recogimiento de su tienda, amaba los días grises y de lluvia lenta. Los de calor y luz parecíanle ostentosos e indiscretos» (II, 95).

⁴² Oposición que encontramos también en el inédito de M. de Unamuno: *El progreso social*. Sobre este argumento me permito hacer referencia a FERRARO, C. L. «Acercamiento al estudio de un inédito de M. de Unamuno: El progreso social». En *Cuadernos de la Cátedra M. de Unamuno*. Madrid: 2003, pp. 32-34.

No tenemos una descripción de la tienda en sus detalles externos, sino en lo que tiene de vital, es decir, una referencia a lo útil de las cosas: lo que *se hace* con ellas. La misma referencia encontramos en la descripción de la circunstancia humana en la que se mueve Pedro Antonio: la *tertulia*.

Aquí también encontramos la ausencia de toda descripción de los que participan en las tertulias, para concentrarse en lo que los participantes *hacen* normalmente en el momento en que entran. En suma, se presta atención a la costumbre del vivir cotidiano, porque representa la vida profunda que no sufre alteración más allá de los acontecimientos, del aparecer y desaparecer de los personajes, de las opiniones..., o sea, de lo *histórico*. Factor *histórico* que está representado por la segunda guerra carlista (1874) que con sus vaivenes y las ideas que los acompañan se sobrepone a la calmada vida cotidiana determinando su cambio, ya que los hombres dejan de vivir insertos en la colectividad para sentirse interesados por el destino histórico y, por tanto, comienzan a sentirse como *personajes*. No obstante, todo los acontecimientos bélicos dejan inmutada la vida cotidiana después de la temporal alteración de una revuelta militar, de un episodio sangriento..., con la vida elemental de Ignacio en el campo carlista, o la agonía de doña Micaela, o la muerte cotidiana. La vida cotidiana vuelve a afirmar por completo su predominio, como se puede ver en la descripción dada de la vida de Pedro Antonio después de la muerte de su mujer y de su hijo en la guerra⁴³.

Ignacio es de alguna manera el heredero de la *intrahistoria* de Pedro Antonio, como Alessi es el heredero de la *intrahistoria* de los Malavoglia, y especialmente de Padron Ntoni. Esa herencia de la tradición se revela cuando Ignacio decide ir a la guerra, ya que también su padre fue voluntario en la primera guerra carlista. Por su padre vive anticipadamente la guerra a través de sus historias y cree en los mismos ideales de su padre con fe ciega, propia del hombre simple que no tiene necesidad de pensar y reflexionar sobre su propia *creencia*, eludiendo así la duda, engendradora de la agonía. Él es, pues, el que está llamado a fundirse con la naturaleza, como le ocurrió a Pedro Antonio; como las relaciones de su padre con los compañeros de tertulia, también las de Ignacio con los compañeros de lucha son sólo exteriores. Su vida es sobre todo intimidad y comunicación con la naturaleza; y, sin embargo, él se sume en la colectividad de su pueblo campesino de la vida simple y siempre igual a sí misma, hecha de resignación y trabajo. Para Ignacio la guerra no es sino otro tipo de trabajo, un trabajo con el que después descansará en el sueño de la muerte.

Otra familia, como ya he dicho, es la de los Arana; familia enriquecida a través del comercio y que encarna el liberalismo económico y político (II, 205). Por eso añoran el progreso, imposible sin el comercio; pero por eso luchan contra el pueblo y su tradicionalismo que impide el progreso. Nos recuerdan

⁴³ Cfr. MARÍAS, Julián. *M. de Unamuno*. Madrid: 1980², pp. 111-118.

al especiero de los Malavoglia, aunque éste esté a favor de una culturalización del pueblo para que eso ayude a una mayor democratización por medio de la República.

De familias como los Arana vino con los años la que hoy es el Bilbao liberal. La familia está formada además de Don Juan y Doña Micaela, por tres hijos: Juanito (amigo de Ignacio), Rafaela (de la que Ignacio se enamora desde niño) y Marcelino (que nos recuerda a Unamuno niño que asiste al bombardeo de Bilbao). De la casa de los Arana y que contribuyó al enriquecimiento de la familia es también Don José María.

Don Juan es el mayor de los Arana; su vida está por completo dedicada al trabajo, considerado por encima de todo, incluso de la religión. Y eso, aunque es liberal y católico; pero el suyo es un catolicismo sin inquietudes íntimas, vivido hasta cierto punto como si fuera una cuestión económica (II, 100-102 e 117).

A pesar del legítimo deseo de trabajar para sí y para sus hijos y pensar en su porvenir, este deseo es egoísta porque no piensa en garantizarles un trabajo propio, sino en que vivan a costa de los otros, por la explotación de los otros y del trabajo de la clase obrera. Eso es parecido a como vive también el tío Crocifisso y Piedipapera en la vicisitud de los Malavoglia. Se utiliza el crédito y la consecuente usura para sobrevivir sobre las desdichas de los demás y hacer frente a un eventual año negativo.

Es, en suma, la familia Arana la que representa la clase social media, que queda excluida de la alianza que normalmente se establece entre la clase aristocrática y la clase obrera y campesina. Si, en efecto, entre estas dos clases se establece una simbiosis, la clase media es más egoísta porque busca satisfacer sólo sus deseos.

La tercera familia es la de Zababilde. Esta familia es socialmente privilegiada. Su miembro principal en la novela es Pachico Zababilde, el que con Pedro Antonio es el testigo de muchos acontecimientos históricos cuyo sentido intenta descubrir. Pachico es el intelectual que combate entre el ansia de paz y la voluntad de guerra por la conquista de la verdad. Representa, pues, el *alter ego* de Unamuno y como en Unamuno, también en Pachico podemos destacar una lucha íntima de la que nadie se da cuenta. Pachico tiene una actitud distinta de la de Ignacio con respecto a la guerra; y será por Pachico, por quien Ignacio asumirá otra idea respecto a la guerra, llegando a reconocer su futilidad.

Pachico es educado en un colegio, luego se va a Madrid para los estudios universitarios; y es aquí donde conoce el krausismo y el racionalismo, corrientes de pensamiento que le llevan hacia la búsqueda de una racionalización de la fe, con una consecuente crisis religiosa y una vuelta a la fe, aunque no vivida ya de manera ortodoxa (II, 126-127)

En su vicisitud vital, como nos la describe Unamuno, se puede poner de relieve el protagonismo del campo, de la naturaleza, por las continuas excur-

siones que Pachico hace junto con sus compañeros. En el campo se refugia con su tío, en el momento de la guerra, y con el campo se identifica.

«Gustábase detenerse, en sus correrías, en un promontorio que dominaba al mar, y desde el cual bañaba su vista en la inmensidad de las asentadas aguas y la del cielo que las abraza. Mar y cielo formaban a sus ojos una solemne unidad de mutua vivificación; las olas se sucedían rumorosas a las olas, y silenciosas las nubes a las nubes». (II, 265).

La amistad con Ignacio y la noticia de su muerte en la guerra carlista, son una lección para Pachico, que aleja de sí el miedo a la muerte y continúa con su costumbre de subir a la montaña para eludir la confusión de las calles.

«Tiéndese allí arriba, en la cima, y se pierde en la paz inmensa del agosto escenario, resultado y forma de combates y alianzas a cada momento renovados entre los últimos irreductibles elementos. A lo lejos se dibuja la línea de alta mar cual un matiz del cielo, perfil que pasa sobre las cimas de las montañas» (II, 298).

Y respirar aquella paz, le permite no sólo identificarse con el campo, sino también con la historia de su pueblo, contemporáneamente a la afirmación del progreso, como quien quiere ser europeo y moderno.

«Despiértase entonces la comunión entre el mundo que le rodea y el que encierra en su propio seno; llegan a la fusión ambos, el inmenso panorama y él, que libertado de la conciencia del lugar y del tiempo, lo contempla, se hacen uno y el mismo, y en el silencio solemne, en el aroma libre, en la luz difusa y rica, extinguido todo el deseo y cantando la canción silenciosa del alma del mundo, goza de paz verdadera, de una como vida de la muerte... Una vez ya en la calle, al ver trajinar a las gentes y afanarse en sus trabajos, asáltale, cual tentación, la duda de la finalidad eterna de todos aquellos empeños temporales. Mas al cruzar con algún conocido recuerda las recientes luchas, y entonces el calor reactivo a la frescura espiritual de la montaña infúndele alientos para la inacabable lucha contra la inextinguible ignorancia humana, madre de la Guerra» *I Malavoglia* (II, 300).

Concluyendo, queremos poner de relieve que en este artículo no nos proponemos descubrir fuentes, sino subrayar cómo las dos obras de Verga y Unamuno expresan un tipo de discurso común en toda la Europa de final del siglo XIX. Es decir: la relación entre paisaje, pueblo e identidad colectiva e incluso identidad nacional. El teórico principal, si no el primero, de esa relación fue Hypolite Taine, dentro del positivismo francés, cuya influencia es bien conocida en la Europa de la época. Según Taine, las grandes obras del espíritu están condicionadas por factores internos: facultad personal del artista; y por factores externos, entre los cuales son los más importantes: el suelo y el clima, la raza, el momento y el medio.

Fecha de recepción: 16 de mayo de 2007

Fecha de aceptación: 28 de diciembre de 2007